

## ***La Guerra de las Malvinas: censura, autocensura y desinformación***

---

**Gregorio Selser** Profesor y periodista argentino. Actualmente profesor e investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Editorialista internacional y colaborador de agencias noticiosas y publicaciones de Iberoamérica y el Tercer Mundo. Autor de más de una veintena de libros sobre historia política y social de países de nuestra América.

---

En la madrugada del 2 de abril de 1982, un comando de tropas especializadas conocidas con el nombre de "buzos tácticos", que desde enero se habían sometido a un entrenamiento intensivo en prácticas militares anfibas en la Base Naval de Mar del Plata, hizo pie en Puerto Stanley, capital de las Islas Malvinas. Era la avanzada de una expedición de mayores dimensiones que en el curso de pocas horas alcanzó todos los objetivos que se había propuesto, en cumplimiento de la denominada "Operación Azul". Al parecer los estrategas que eligieron ese nombre de código pensaron que ese era el color de muchas cosas que tenían que ver con la misión: el cielo, el mar, el manto de la Virgen de la Merced, Generala del Ejército<sup>1</sup>.

El 14 de junio, setenta y cuatro días después de aquel exitoso desembarco, el jefe de las tropas argentinas, general Mario Benjamín Menéndez, acordaba su rendición ante el general británico John Jeremy Moore. Durante esos casi dos meses y medio, la población argentina que fió de la información oficial o semioficial, estuvo capturada en un ámbito de triunfalismo o de esperanza en que el fin de la contienda, cuando acaeciera, señalaría la ratificación en el campo de la diplomacia del objetivo buscado con la expedición militar: el archipiélago de las Malvinas - y por añadidura los de las Georgias del Sur y Sandwich del Sur - retornarían luego de 149 años de apropiación ilegítima por Gran Bretaña, al seno patrio. Cuando al caer la tarde del 15 de junio el pueblo fue convocado a la histórica Plaza de Mayo por las radios y la televisión, sabía que algo había salido mal y esperaba que, de acuerdo con la convocatoria, sería el propio titular del régimen militar, teniente general Leopoldo Fortunato Galtieri, quien le informaría desde el conocido balcón de la Casa Rosada acerca de la magnitud de la frustración. En lugar de ello y en razón de un cambio de última hora que no les fue comunicado a tiempo, Galtieri no sólo no se mostró sino que la policía arremetió contra los invitados y los disolvió con gases lacrimógenos, balas de goma y cachiporrazos a granel.

De ese modo y casi simbólicamente parecía cerrarse un ciclo que con diferencia de horas se había iniciado, del mismo modo brutal y represivo: el 30 de marzo de

---

<sup>1</sup> Esta versión está tomada del semanario Gente, Buenos Aires, Año 17, N 872, 8 de abril de 1982, edición extraordinaria, pp. 28-29. También recibió el nombre de "Operativo Azul" y posteriormente otros no previstos originalmente, como "Operativo Rosario" u "Operativo Soberanía".

ese mismo año, cuando ya las naves de la marina de guerra surcaban las aguas en dirección a las Malvinas, una manifestación organizada por la Confederación General del Trabajo (CGT) con la consigna pacífica de "Paz, pan y trabajo", había sido atacada con no menor saña por las llamadas fuerzas de seguridad, con análogo uso de gases, cachiporras, granizada de balas de caucho y chorros de agua. Lo mismo había ocurrido en otras ciudades del interior del país y en Mendoza, junto a la Cordillera de los Andes, una marcha de jubilados también reprimida con violencia dejó un saldo de dos muertos. El número de arrestados se estimó entre dos mil y tres mil, cifra inusitada en la historia de las marchas obreras del país.

La diferencia residía en que en el primer caso la demostración se realizaba contra la voluntad del régimen militar, y en el segundo había sido su principal representante, Galtieri, quien la había convocado, con ánimo de pronunciar una arenga patriótica concitando a la persecución de la lucha armada, en circunstancias en que una parte del Ejército y la totalidad de la Fuerza Aérea ya se habían pronunciado ratificando la rendición de Menéndez. Pero eso no lo sabían quienes aguardaban la alocución del dictador. Se había producido un cortocircuito entre su intención original y su posterior - y obligado - desestimiento, de modo que el público agrupado en Plaza de Mayo sufrió las consecuencias de esa desconexión, que se sumaba a la desilusión de la aún no creíble derrota:

"- Pero, ¿cómo es posible, cómo es que nos ganaron - se preguntaba incrédulo un capitán de meseros. Pero che, si íbamos ganando..."<sup>2</sup>.

Esa era la sensación generalizada por un aparato de censura, autocensura y desinformación que a favor del buen éxito inicial basado sobre el factor sorpresa, durante las semanas siguientes alimentó las ilusiones del pueblo argentino. De ahí que el brusco paso de una esperanza triunfalista y de su optimizado **wishful thinking** a la desnuda verdad de la derrota resultó incomprensible. Además, la mutación se había operado en el curso de pocas horas, de un día para el otro. Dos excelentes observadores de **Excélsior** de México, Raymundo Riva Palacio y Jorge Uribe Navarrete, describieron esa sensación de estupor con estas palabras:

"Para el pueblo, las tropas argentinas, jóvenes conscriptos de 18, 19 y 20 años, iban ganando a los soldados profesionales británicos, que durante diez meses al año viven en el mar entrenándose en Noruega, realizando maniobras conjuntas con los ejércitos más poderosos del mundo. Para los argentinos, ciertamente, los aviones turbohélices Pucará eran más poderosos que los aviones subsónicos Harrier de despegue vertical(...)

"Cuando el Estado Mayor Conjunto de las fuerzas armadas argentinas informó que sus aviones habían 'averiado un buque tipo portaviones', los periódicos, en grandes titulares, dijeron: 'Le pegamos al 'Invencible'. 'Cuando el Estado Mayor

<sup>2</sup> Raymundo Riva Palacio y Jorge Navarrete, "Desilusión del pueblo argentino: la prensa casi le garantizó la victoria", despacho desde Buenos Aires en Excélsior, México, 15 de junio de 1982, pp. 1 y 26.

Conjunto decía que las fuerzas inglesas avanzaron cinco kilómetros y fueron rechazadas por fuerzas 'propias', la prensa intitulaba: 'Feroz contraataque argentino sobre posiciones inglesas'.

"Los diarios dieron cuenta también, y en casos certificaban, todo tipo de rumores: la avería del portaviones 'Hermes' que iba rumbo a Curazao; que los ingleses jamás podrían desembarcar en las Malvinas; que el comandante de la flota de intervención inglesa, John Woodward, había muerto; que el comandante de las tropas inglesas en las Malvinas, John Jeremy Moore, era estadounidense. Afirmaron también, a veces con tono pontificante, que Gran Bretaña jamás podría derrotar a la Argentina sin ayuda de Estados Unidos, soslayando, de un plumazo, la tradición belicista de los ingleses, su bestialidad militarista, sus experiencias en piratería, conquistas coloniales, guerras mundiales y expediciones imperialistas, acordes, naturalmente, con su tradición.

"Los medios de comunicación ocultaron la realidad de las cosas. Las autoridades militares informaron todo lo que podían informar, por motivos de seguridad, pero dejaron alimentar la desinformación. Los resultados empiezan a verse ahora: tristeza, desilusión, sorpresa. La guerra no era tal como se la pintaron durante 52 días de enfrentamiento los medios de información. Hoy no se sabe aún, en forma oficial, que las islas Georgias hace más de un mes que están en poder británico. Esta noche no se sabe aún que existe tácitamente una rendición argentina en las Malvinas. La conmoción, al saberse la verdad, al salir del engaño, podría tener efectos irreversibles."<sup>3</sup>

### **Seis años de desinformación**

Aunque en su mayor parte la descripción precedente es correcta, disentimos parcialmente en el diagnóstico. La prensa escrita y audiovisual, es cierto, dependían del material informativo que les proporcionaba el Estado Mayor Conjunto, pero disponían de otras opciones noticiosas, tales como las de las agencias transnacionales foráneas (UPL, AP, AFP, EFE, Latin Reuter, DPA, etcétera), no necesariamente alineadas en la orientación deseada por el alto mando argentino, y mucho menos sujetas a las instrucciones y "sugerencias" de la Dirección General de Prensa de la Secretaría de Información Pública (SIP), organismo dependiente de la Presidencia de la Nación que en la práctica regula y fiscaliza el sistema oficial y privado de la información. El hecho de que ocasionalmente periódicos como **La Prensa** y el **Buenos Aires Herald** saltaran las barreras de la censura o la autocensura vigentes desde el 24 de marzo de 1976 - fecha del derrocamiento del gobierno constitucional de María Estela Martínez de Perón - eran las excepciones que justificaban la regla, audacias que podía permitirse absorber el régimen totalitario castrense sin mengua de su estabilidad.

---

<sup>3</sup> Ibid.

Esa prensa regimentada y conviviente, con su experiencia de seis años de silencio aquiescente, chato y monótono, sólo a veces discordante y crítica en aspectos marginales o - como en el caso de **La Prensa** durante la gestión dictatorial del teniente general Roberto E. Viola en 1981, en cumplimiento de objetivos desestabilizadores deseados por alguna de las facciones rivales dentro de la estructura del poder - estaba condicionada por su natural identificación con el "Operativo Azul", considerado como un objetivo nacional ante el cual no eran concebibles disidencias que no equivalieran a traición a la patria. Los legítimos títulos históricos invocados se remontaban a 1833 y tenían raíces emotivas y racionales muy profundas en el pueblo. Contando con la razón histórica y con el sentimiento popular, no fue difícil a la totalidad de los medios de comunicación masivos ubicarse junto al régimen militar tanto para obedecer sus instrucciones en materia de censura y desinformación, cuanto para excederse en sus ejercicios de autocensura, hasta grados absolutamente innecesarios.

Se dejó de lado toda referencia crítica a las motivaciones que habían conducido a los mandos militares a emprender la expedición. Entre ellas se omitió mencionar hasta qué punto la grave situación socioeconómica interna había determinado la intempestiva decisión de apenas una decena de altos jefes y oficiales, que iban a conducir a una guerra de cuyas resultas el país todo, aún en caso de una victoria, emergería con aquel los problemas notablemente más agravados. Entre los numerosos cálculos erróneos realizados por ese minúsculo grupo, figuraron sus fantasías acerca de toda ausencia de respuesta militar por parte del gobierno británico y, en todo caso y si esa respuesta llegaba a producirse, que sería interferida, neutralizada y finalmente impedida por gestión directa del gobierno de Estados Unidos, considerado el aliado natural de Argentina.

Ningún órgano de prensa se formuló en voz alta la pregunta elemental: ¿por qué lo que no se hizo en más de 149 años debió haberse hecho aquel 2 de abril y, además, por la vía armada? Tampoco reflexionó sobre la medida en que la búsqueda de la cohesión nacional fundada sobre un motivo patriótico enraizado en la cultura y el sentimiento nacionales, era una trampa engañosa que debía durar exactamente el mismo período de tiempo que durase la operación, y que a su término, desaparecido aquel coyuntural elemento aglutinante, caería por la endeblez de su propia naturaleza el régimen gubernamental que lo había suscitado. El grupúsculo militar que concibió y ejecutó el "Operativo Azul" tuvo como propósito no declarado el de evitar el colapso definitivo del pomposamente llamado "Proceso de Reorganización Nacional" iniciado en marzo de 1976.

La autocensura de los medios de información locales, que durante más de seis años había consagrado una colusión tácita entre los sectores económicos de los que era expresión y vocero, y el aparato militar, había generado un producto mucho más nocivo que el de la censura impuesta desde fuera: el de la autocensura, mecanismo endógeno de efectos "educadores" de duración imprevisible. Ningún órgano de la prensa puso sobre el tapete con cuáles derechos podía un régimen inconstitucional decidir por sí y ante sí sobre la vida y los bienes de un pue-

blo a quien no solamente no se consultó, sino que debió enterarse por los periódicos y por la radio y la televisión que se estaba ante un hecho de guerra consumado. Ese pueblo, hasta el día anterior al del desembarco, ni siquiera había sido advertido sobre la eventualidad de un tan gravísimo paso, que enfrentaba a un país subdesarrollado y con tremendos problemas económicos y sociales, contra la tercera o cuarta potencia industrial y militar del orbe. Esa ignorancia, aunque resulte increíble, había sido compartida por la inmensa mayoría de los generales en actividad, "detalle" que sólo iba a ser revelado al sobrevenir la derrota.

De modo que, tal como se mencionó ya, a la censura previa explicable por razones de secreto militar, iban a añadirse en las siguientes semanas y hasta el triste y desastroso final, los deletéreos subproductos de la autocensura y la desinformación. Millares de jóvenes entre los 18 y los 20 años de edad, con apenas uno o dos meses de instrucción militar, iban a morir, o a quedar lisiados de por vida o en todo caso afectados por heridas físicas y psíquicas, sin haber sido interrogados cabalmente sobre si aceptaban ese destino y sin que se les informara sobre la naturaleza y el origen reales de su participación inconsulta. De igual manera, millares de padres y madres serían víctimas, en las personas de sus hijos heridos o muertos, de análoga decisión de un grupúsculo. Los oficiales y suboficiales a los que tocó ese destino, habían elegido esa su profesión de muerte, tal como la llamara Domingo Faustino Sarmiento, pero los soldados conscriptos, de las tres fuerzas armadas, sólo tenían la obligación de cumplir con su período de instrucción militar, y en cambio se les condujo a enfrentarse a profesionales expertos y avezados, según lo puntualizaron páginas atrás los enviados especiales Rivas Palacio y Uribe Navarrete.

### ***El contexto***

El matutino **Clarín**, periódico porteño de mayor circulación en el país, sostenedor y partícipe del llamado "Proceso... etc." aunque con salvedades referidas al manejo de la economía, iba a contarse entre los primeros en esbozar un examen crítico de lo ocurrido, obviamente **ex post facto**. Convendría tomar en cuenta esas primeras percepciones de "posguerra":

"El actual proceso militar (el iniciado en marzo de 1976), se dijo originariamente, consideraba como sus únicos enemigos a los subversivos y a los corruptos. Los combatía para luego instaurar una democracia moderna y fuerte. Postulaba asimismo una economía de producción. Con estas proposiciones, el gobierno militar alcanzó una alta cuota inicial de consenso, que luego se fue desperdigando y perdiendo en la misma medida en que - salvo el combate a la subversión - las otras postulaciones se disolvían en la nada, mientras el **proceso**, por su propia inercia, se estiraba desmesuradamente en el tiempo.

"La lucha subversiva (sic) era necesaria para evitar la disgregación del Estado nacional.<sup>4</sup> No eran necesarios sus excesos,<sup>5</sup> que los mismos poderes públicos han lamentado, aunque no restañado en sus consecuencias. La conducción económica, lejos de alentar el trabajo, la producción y la grandeza del país, mantuvo contra viento y marea un proyecto de achicamiento de nuestra geografía productiva, que se resolvió en la caída vertical de todas las variables productivas, desde el consumo hasta la inversión, desde el producto hasta los salarios. El edificio de la industria, levantado en largas décadas de ingentes esfuerzos, estuvo expuesto a la entrada sin discriminación del producto importado, para obligar a los empresarios a una economicidad cuyo modelo inspirador se halla en los enclaves que las multinacionales poseen en Singapur y en Hong Kong. Las economías regionales sufrieron el mismo embate aplanador que la industria. Fue privilegiada la especulación. El manejo espurio de las empresas se multiplicó al compás de la desesperación.

"Tampoco hubo resultados gloriosos en el buscado descenso de la inflación. Millares de personas han perdido sus hogares y sus ahorros por el simple expediente de aceptar un crédito hipotecario. El éxodo de científicos, profesionales y técnicos llegó al paroxismo. El país, al borde de la más profunda crisis de toda su historia, estuvo alentado durante largo tiempo, a raíz de la cotización artificial del dólar, a un ejercicio suicida del turismo, que se pagaba con la diferencia de precios de los artículos comprados en el exterior, pero empobrecía a la Nación. Un viento de locura pareció impulsar las acciones de los argentinos, empeñados en su propia decadencia, bajo la férula de una conducción económica que multiplicaba la deuda externa, aumentaba la presión impositiva, no podaba el elefantiásico aparato del Estado<sup>6</sup> y había transformado al país en una suerte de gigantesca 'bicicleta' financiera.

"El rechazo de todo ello se fue acumulando progresivamente. A comienzos de este año se dibujaba una situación insoportable. Las tensiones sociales eran fácilmente perceptibles. Los partidos políticos empezaban a buscar y proponer rumbos alternativos. El empobrecimiento del interior comenzaba a presionar sobre Buenos Aires. Se apreciaba ya como insondable la decadencia cultural."<sup>7</sup>

Entonces, agrega **Clarín**, se produjo el episodio de las Malvinas y "todos los sectores olvidaron sus agravios y postergaron sus problemas para apoyar generosa-

<sup>4</sup> Notable traición del inconsciente. El articulista, que se refiere a la denominada por los militares "Guerra Sucia", quiso decir "antisubversiva"

<sup>5</sup> Entre los "excesos" de esa "Guerra Sucia" se contabilizan entre 20.000 y 30.000 "desaparecidos" entre 1976 y 1979.

<sup>6</sup> Para quienes desconocen la manipulación de las cifras del presupuesto, resultaría sorprendente enterarse que entre los participantes de ese "aparato elefantiásico" estatal se cuentan con carácter destacado los miembros del estamento castrense, parasitario e improductivo por definición, y que los gastos de Defensa Nacional y los del aparato de seguridad policial, públicos o disimulados, bordean el 30 por ciento de las disponibilidades anuales del fisco, al tiempo que en 1981 la Argentina aparecía en primer lugar, con 131 por ciento, en la estadística de la inflación mundial.

<sup>7</sup> "El sentimiento de la ciudadanía", editorial de Clarín, Buenos Aires, 22 de junio de 1982, p. 14.

mente esa gran causa nacional". La ciudadanía confió, simplemente, "en quienes estaban en condiciones de decidir la oportunidad y las consecuencias del paso emprendido" y se rehusó a aceptar "que la iniciativa dependiera de cálculos relacionados con la sensualidad del poder", por lo que se esforzó en apuntalar el esfuerzo de guerra, a despecho de "la endeblez de los supuestos sobre el consenso internacional" y de la posición que guiños y mensajes de lectura apresurada y equivocada digestión atribuían a Estados Unidos. Por si fuesen pocas tamañas calamidades, aunque no lo diga **Clarín** en forma tan puntual, una prensa escrita y audiovisual uniforme y regimentada por una práctica de más de un lustro, hizo lo suyo:

"En cuanto al triunfalismo de la propaganda oficial, dificultaba una movilización a fondo del país tras sus soldados (piénsese en el rumbo contradictorio de la economía). Hasta horas antes de la caída de Puerto Argentino (Port Stanley), el común de las gentes tuvo la idea de que la victoria estaba al alcance de las manos. Ello desdibujaba, incluso, el heroísmo de los combatientes, mayor aún si se lo contempla en su perspectiva adecuada.

"De ahí la estupefacción de la ciudadanía ante el desenlace. De ahí las reacciones contradictorias, errátiles y hasta - lamentablemente - violentas.<sup>8</sup> De ahí el sentimiento público acerca de la necesidad de que todos los argentinos, civiles y militares, responsables y no responsables, den vuelta definitivamente la página histórica vivida y comiencen a mirarse francamente a los ojos pensando en el país y en el futuro. 'La verdad os hará salvos', predica el Evangelio".<sup>9</sup>

Curiosa propuesta la de desentenderse de lo ocurrido y colocar en un mismo plano a "responsables y no responsables", como si "la página histórica vivida" consistiese en una amable fiesta campestre en la que el alcohol hubiese producido algunos heridos y contusos entre los contertulios. En momentos en que **Clarín** proponía los goces del olvido por sobre unos tres mil muertos, desaparecidos, heridos y lisiados temporal o definitivamente, recordaba que la dificultad misma para hallar un reemplazante del despótico e irresponsable Galtieri y para asumir la liquidación final del "Proceso... etc.", no hacía sino trasmutar la angustia de la ciudadanía en sofocación. "Y es que muchas cosas han concluido, aunque sigan manifestándose agónicamente, fuera de toda realidad" sentenciaba el último párrafo de su editorial.

A diferencia de **Clarín**, lo que la ciudadanía estaba demandando desde que el 15 de junio descubrió con "estupefacción" que el desenlace no era el que pregonaba "el triunfalismo de la propaganda oficial" según la descripción de ese matutino (y el que desplegaba a tambor batiente la prensa autocensurada y complaciente), era que se le dijese la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad de lo ocurri-

<sup>8</sup> Alusión a la golpiza policial - incluidos disparos con balas de caucho y gases lacrimógenos - y los centenares de arrestos registrados al atardecer del 14 de junio en la Plaza de Mayo y sus inmediaciones.

<sup>9</sup> Editorial citado de **Clarín**.

do, no tanto por espíritu de venganza cuanto como una necesidad insoslayable de sanidad y salvación nacionales. Ocultar bajo las camas o en los **closets** y guardarpaldas las armas empleadas junto con los cadáveres de los caídos en la lucha por las Malvinas, era repetir actualizadamente los mecanismos de la "Guerra Sucia", empleando el mismo argumento de la necesidad del olvido, del borrón y cuenta nueva. Con la diferencia de que los muertos y desaparecidos de la "Guerra Sucia" estaban estigmatizados como "subversivos" y estos recientes de abril a junio de 1982 eran "héroes de la patria", por más que los victimados lo habían sido por obra de irresponsables perfectamente individualizables, merecedores de un juicio histórico público, ejemplarizador y con todas las garantías y recaudos de las leyes civiles y militares.

Generales, almirantes y brigadieres, no menos que asesores civiles, habían conducido al país a una "guerra absurda" según la descripción del semanario germano-occidental **Der Spiegel**, que un político latinoamericano definió en cambio como una "guerra idiota". Esos altos jefes castrenses se habían prevalido de su función en el gobierno para decidir una guerra con una potencia mundial, y de su decisión omnímoda e incontrolada no sólo se desprendían una incapacidad y una ineptitud manifiestas no menos que una ignorancia supina de la política internacional, sino consecuencias incalculables para el destino de la Nación y del pueblo argentinos. Y ello, sin excluir los daños a las personas de sus ciudadanos y a la economía y finanzas nacionales, con antelación comprometidas y casi caotizadas en función de ese mismo "Proceso... etc." desnacionalizador, corrompido hasta los tuétanos y enajenador de la patria a las corporaciones trasnacionales.

En contraste con la propuesta de olvido del editorial de **Clarín**, nada es más urgente para el futuro de la Argentina que un esclarecedor deslinde de responsabilidades, llámesele "Nüremberg" o como se quiera, que ubique a los autores de este desastre ante sí mismos y ante la historia. Lo que **Clarín** esconde en su editorial es que "la dificultad para designar un nuevo presidente" se debió a que el Ejército canjeó inmunidad para sus jefes irresponsables y para la fuerza armada **in toto**, por la cabeza de Galtieri. Porque, además, esa inmunidad preservaba la de los irresponsables de la Armada y la Fuerza Aérea.

Pero este tema pertenece a otro cuadro de análisis.

### **Referencias**

- Anónimo, EL SENTIMIENTO DE LA CIUDADANIA. p14 - Buenos Aires, Editorial de Clarín. 1982;  
 Anónimo, SEMANARIO GENTE. 17, 872. p28-29 - Buenos Aires. 1982; Desilusión del pueblo argentino: la prensa casi les garantizó la victoria.  
 Riva-Palacio, Raymundo; Navarrete, Jorge, EXCELSIOR. p1, 26 - México. 1982;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N°61 Julio-Agosto de 1982, ISSN: 0251-3552, <[www.nuso.org](http://www.nuso.org)>.